

Pitágoras y la masonería.

Pitágoras

Pitágoras, nacido en Samos entre 580 y 570 a.c., vuelve a la isla después de largos viajes (como muchos hombres de su época viajó a Egipto, fenicia y Caldea donde se inició en las doctrinas esotéricas). Abandona de nuevo Samos a causa de la tiranía de Polícrates y llega a Sicilia hacia el 529. Sus enseñanzas tuvieron tal éxito que sus discípulos se apoderaron del poder político, primero en Crotona (Liga Crotoniana) y luego lo extendieron sobre una serie de ciudades y sobre una gran parte de la Magna Grecia (Síbaris cae en 510). El Maestro murió hacia el año 500, pero la dominación política pitagórica en Sicilia duró hasta cerca del 450. En esta época se desataron revueltas populares en las ciudades sucesivamente avasalladas y los miembros dirigentes de las sectas, asediados por la plebe en Metaponto, perecieron casi todos en un gigantesco incendio. Entre el pequeñísimo número de los que escaparon se citan a Filolao de Crotona (que fue acusado de haber vendido al tirano Dionisio de Siracusa los libros secretos que contenían la enseñanza de la secta pitagórica, libros que, según Diógenes Laercio, Platón se habría procurado enseguida), y a Lysis, que se radicó en Tebas con la familia de Epaminondas. Arquitas de Tarento, discípulo de Filolao, fue uno de los grandes matemáticos de la Antigüedad y consiguió reconstituir un estado pitagórico: fue Regente de Tarento y siete veces generalísimo. Platón se relacionó con él durante su primer viaje a la Magna Grecia (388-387) y puede admitirse con Diógenes Laercio que le debe su iniciación en las doctrinas pitagóricas. Las ideas y los ritos continuaron transmitiéndose de un modo más o menos esotérico en pequeños grupos aislados siendo su llama especialmente custodiada por los platónicos pitagóricos (Speucipo, sobrino de Platón, muerto en 338, escribió un tratado sobre los números pitagóricos de los que han llegado hasta nosotros un pequeño fragmento). Aristógenes de Tarento, discípulo de Aristóteles, que hacia fines del S. IV escribió una biografía de Pitágoras, declara haber conocido a los últimos pitagóricos, pero se ve, a través de las burlas de los poetas cómicos, que la secta subsistía en Grecia en el S. II. Pero fue en Alejandría, hacia fines del S. II a.c. donde comenzó a retoñar la doctrina que como neopitagorismo debía desempeñar un papel muy importante, tanto en la capital del Imperio romano como en Egipto y en Siria.

La secta pitagórica constaba, además de la secta religiosa, de la escuela filosófica y del club político. La doctrina religiosa y filosófica de Pitágoras fue condensada después de su muerte (ocurrida probablemente a comienzos del S. V) en los versículos dóricos del Ieros Logos. Luego de la matanza de Metaponto y la dispersión de la cofradía siciliana, los pequeños cenáculos reconstituidos en Grecia y Calabria agrupan dos géneros de adeptos: Los matemáticos y los acusmáticos. Estos últimos se limitaban a transmitir un formalismo ritual que pretendía seguir a la letra todos los preceptos del Maestro. El giro fanático y puritano de prácticas que parecen haber degenerado en supersticiones pueriles y en los medios poco cultivados en que se reclutó este avatar democrático de la secta excitó la hostilidad y la burla. Los “acusmáticos” son, en efecto, los pitagóricos de quienes se burlaron los poetas cómicos. Los acusmáticos redactaron a su manera una especie de catecismo con preguntas y respuestas: los “acusmata”. Jámblico nos ha transmitido algunos de sus fragmentos según la compilación (perdida) de Aristóteles sobre el pitagorismo.

Veamos los aspectos filosóficos de la doctrina de Pitágoras, aunque teniendo presente que en el espíritu de éste y de sus discípulos tales aspectos estaban estrechamente ligados a las

enseñanzas y prácticas religiosas y ascéticas.

Su filosofía fue vista como mística ya que subrayaba el desarrollo armónico del alma en el hombre. Las relaciones entre todas las cosas podían ser expresadas por los números, tomados en sus diferencias cualitativas eran análogos a las diferencias cualitativas encontradas en la armonía musical. Los números eran así vistos como un principio que unía las propiedades simbólicas de la mente con el mecanismo del universo. Pitágoras parece haber deducido varias consecuencias de algunas observaciones, en particular de la observación de las relaciones existentes entre la altura de los sonidos y las longitudes de la cuerda de la lira. Esto daba a suponer la existencia de una armonía. Se trata de un concepto fundamental. Pues aunque primitivamente se aplicaba sólo a la octava o a una escala musical, luego se aplicó a todas las esferas de la realidad. Por ejemplo, al cuerpo humano, de tal suerte que la función de la medicina consiste en ayudar a restablecer esta armonía en todas las ocasiones en que haya sido perturbada. La armonía es, como dice el “Catecismo de las perfecciones”, lo más bello que existe. Siendo la música, por lo demás, una manifestación eminente de la armonía, puede ser usada con el fin de purificar el alma: la armonía es, por este motivo, una catarsis. Y como el alma es a su vez la armonía del cuerpo, la música es verdaderamente una medicina. Pero la armonía es aplicada, además, y sobre todo al cosmos entero. La cosmología de Pitágoras, basada en parte en la de Anaximandro, subraya fuertemente, la disposición armónica de los cuerpos celestes: éstos están distanciados de un llamado fuego central según intervalos que corresponden a los de la octava. Por este motivo sus movimientos circulares producen una música: la música de las esferas.

Es por todo esto que uno de los conceptos más influyentes que desarrollaron los pitagóricos fue la noción de la “armonía de las esferas”, las cuales relacionan la música interior de la mente a la progresión de los planetas a través de los cielos. El origen cósmico del alma del hombre fue entendido en el contexto de una astronomía que trata con la tierra como un planeta esférico orbitando el sol. En estado de inspiración, el hombre asciende a estas esferas celestiales. Antes del comienzo del pensamiento reflexivo, el hombre siente, en varios contextos, un involucramiento. Inconscientemente arregla la multiplicidad de fenómenos en un restringido número de esquemas, El “asunto” de la reflexión, cuando comienza, a elevar esta su transitoria mirada al interior del reino de la conciencia, para nombrarlos y asimilarlos uno al otro. Es la manera como el mundo llega a ser comprensible. En mitos y rituales el hombre trata de hacer estas realizaciones presentes y claras, para asegurarse él mismo que, a pesar de todas las confusiones y todas las amenazas inmediatas de su entorno, todo está “en orden”. Es como una concepción precientífica de orden en la cual la idea de la música cósmica tiene sus raíces y la especulación numérica florece del mismo suelo.

Pero las relaciones que usualmente tienen su efecto inconscientemente, o solo entran en la conciencia como el resultado de lenta y paciente reflexión, llegan a ser inmediatas, abrumando las experiencias en éxtasis. El alma en éxtasis, o sueño, o trance, viaja a los cielos, oye entonces la música del Universo, y su misteriosa estructura inmediata llega a ser clara para él. El incomparable y sobrenatural sonido es parte de la misma cosa como de la incomparable belleza y colorido de otros mundos. Si Pitágoras fue a veces algo como un Chamán, quien en éxtasis hizo contactos con mundos del “más allá”, entonces la tradición de que él personalmente oyó la música celestial seguramente preserva algo de la verdad.

La armonía es musical; es también y de modo correspondiente, numérica. Según Aristóteles, los pitagóricos suponían que “los elementos de los números eran la esencia de

todas las cosas, y que los cielos eran armonía y número”. Las propiedades de los números, especialmente al combinarlos, resultaron tan sorprendentes, que los pitagóricos buscaron por doquiera analogías entre los números y las cosas y llegaron a fundar una especie de mística numérica que tuvo enorme influencia en todo el mundo antiguo.

Lo más importante, desde el punto de vista de las analogías filosóficas, lo constituyeron las divisiones de los números: pares, impares, perfectos, lineales y planos. Los números fueron considerados, además, como principios. Según dice Aristóteles, había dentro de la escuela pitagórica una facción que afirmaba la existencia de principios y oposiciones fundamentales, cada una de ellas correspondiente a cada uno de los 10 primeros números naturales. Esta correspondencia es mostrada en la tabla siguiente proporcionada por el Estagirita:

1: Limitado	- Ilimitado
2: Par	- Impar
3: Uno	- Muchos
4: Derecho	- Izquierdo
5: Masculino	- Femenino
6: En reposo	- En movimiento
7: Recto	- Curvo
8: Luz	- Oscuridad
9: Bueno	- Malo
10: Cuadrado	- Oblongo.

Se trata de una tabla en la cual puede verse una significación moral: Los términos primeros representan, en efecto, algo perfecto; los segundos, algo imperfecto. Ahora bien, el dualismo puede ser superado cuando se considera lo perfecto como algo limitante de toda posible imperfección. De este modo puede comprenderse cómo es posible establecer analogías entre conceptos cuyas significaciones son muy distintas, tales, por ejemplo, entre lo limitado y la luz y lo ilimitado y la oscuridad. En todo caso, la armonía no existe solamente en el mundo físico, sino que se hace presente asimismo (y es una de las más influyentes tendencias de Pitágoras) en la relación entre el orden cósmico y el orden moral.

Pitágoras enseñó la doctrina de la transmigración del alma (Metempsicosis) a través de sucesivas encarnaciones. Platón, quien siguió la doctrina de Pitágoras, admite la pre-existencia del nous, o alma divina del hombre, la cual escoge la existencia que deberá encarnar. Sobrevive la muerte del cuerpo, y si no ha alcanzado la suficiente perfección para merecer la gloria final, deberá someterse a nuevas pruebas reencarnándose nuevamente de manera que pueda alcanzar la perfección.

Pitagóricos

La hermandad pitagórica formó una unión directa entre las tradiciones de las escuelas místicas y el desarrollo de la filosofía griega. Tenía fama de saber y poder espiritual; creía en la metempsicosis, y que el alma era de origen divino, pero que había sido encarcelada en el cuerpo; interpretaba el mundo basándose en números. La sociedad religiosa que Pitágoras fundó en Crotona vivía conforme a una disciplina muy estricta, que implicaba la práctica del silencio y la abstinencia de comer carne. Los pitagóricos tenían posiblemente alguna relación, en cuanto a sus orígenes, con el orfismo. En Roma y Alejandría floreció una forma restaurada de pitagorismo (neopitagorismo) a partir de S. I a.c.

Pitagorismo.

La filosofía de Pitágoras es llamada filosofía itálica y su escuela, escuela itálica. Muchos son los problemas que plantea el desarrollo de esta escuela. Algunos autores antiguos (Hipólito) han señalado que los pitagóricos se escindieron en dos sectas: La esotérica, llamada de los pitagóricos, y la de los otros llamados pitagoristas. No se puede decir si esta división corresponde a la realidad o si es una consecuencia de la tendencia antigua a subrayar lo esotérico. Los primeros partidarios de Pitágoras son llamados los viejos o los antiguos pitagóricos; entre ellos se destacan Filolao, Arquitas y Alcmeón, pero además, pueden mencionarse Kerkops, Petró, Brontino, Hipaso, Califón, Demóquedes, Parmenisco, Oquelos, Timeo, Hiqueto, Ekfanto, Eurito, Simias, Cebes, Ejécrates, Arión y Lisis. Característico de ellos parece ser el haber seguido a la vez tendencias místicos religiosas y tendencias científico-rationales, a diferencia del predominio de lo místico-religioso en el posterior neopitagorismo. Aristóteles usa varias veces en el Libro A de su metafísica la expresión “los llamados pitagóricos”, cuyas doctrinas expone y critica. Según Erich Frank, se trata de filósofos pertenecientes a una época bastante posterior a la de la iniciación del pitagorismo, por lo que no sería legítimo identificar sus enseñanzas con las de Pitágoras y la primera generación de pitagóricos. Sin embargo como es forzoso valerse en parte de las descripciones de Aristóteles para el pitagorismo primitivo en general, resulta sobre manera difícil establecer una distinción demasiado tajante entre los antiguos pitagóricos y pitagóricos posteriores. Algunos autores opinan que hay inclusive diferencias considerables entre Pitágoras y los Pitagóricos (incluyendo los antiguos) en el sentido en que el primero estaría exclusivamente interesado en el aspecto místico-religioso y los segundos preponderantemente volcados hacia la investigación matemática. A esta concepción se opone otra según la cual la investigación matemática es lo principal, inclusive dentro de la intención de Pitágoras y los antiguos pitagóricos.

El pitagorismo en sentido general no debe restringirse a las doctrinas de los pitagóricos estrictos: incluye asimismo las influencias ejercidas por ellos. Entre estas influencias destaca la recibida por Platón en la fase de su obra en que presenta la llamada teoría de las ideas-números. Cabe destacar que Kepler fue claramente un estudiante de la tradición de los primeros científicos-místicos como Pitágoras y Paracelso. Leibnitz, siguió la doctrina de la armonía universal de Pitágoras.

Neopitagorismo.

El pitagorismo fue renovado a partir del S. I a.c., y ejerció considerable influencia durante los tres siglos subsiguientes. Esta renovación recibe el nombre de neopitagorismo. Ahora bien, aunque los neopitagóricos (o filósofos influidos por ellos) siguieran considerando a Pitágoras como el fundador de la escuela y proclamaran en varias ocasiones que lo que pretendían era hacer revivir las doctrinas pitagóricas originales, lo cierto es que se trata de un movimiento en muchos aspectos diferentes del pitagorismo clásico. En rigor, es una mezcla de doctrinas pitagóricas, platónicas, aristotélicas, estoicas y, en alguna proporción, de origen próximo –oriental, posiblemente judaico-alejandrinas. Por ese motivo algunos historiadores de la filosofía consideran el neopitagorismo como una de las formas del eclecticismo y del sincretismo antiguo.

En vista de estas variadas fuentes de las tendencias neopitagóricas, es difícil reducirlas a un sistema único. Ya entre los antiguos (Sexto Empírico) se encuentra la observación de que hay muchas formas de neopitagorismo. Sin embargo hay algunas tesis que son

comunes a todos los pensadores neopitagóricos. Las principales son: la idea de que la realidad suprema es una unidad (de la cual la unidad numérica es una manifestación); de que esta unidad engendra por medio de un movimiento que luego será concebido como una emanación, las realidades restantes; de que la unidad es absolutamente pura y trascendente. A ello se agregan varios rasgos de índole moral, como la tendencia a la purificación ascética, y de índole práctico-religiosa, como la creencia en la posibilidad de la teurgia, y la concepción de la existencia de una jerarquía de espíritus. Se ha subrayado algunas veces que las concepciones neopitagóricas se hallan en estrecha relación con las ideas manifestadas en los Oráculos Caldeos y en el Corpus Hermeticum.

Es necesario apuntar que las especulaciones místico-numéricas eran frecuentes entre los neopitagóricos y que en este respecto influyó sobre ellos la interpretación de la doctrina platónica de las ideas-números.

Eleusis, misterios de.

Eleusis, pequeña localidad situada no lejos de Atenas, dio a Grecia uno de los movimientos religiosos más importantes. Se celebraron allí misterios durante cerca de dos mil años, ligados al culto de dos diosas íntimamente asociadas: Démeter y su hija Coré. Obtuvieron en todo el mundo antiguo un creciente éxito, atestiguado sobre todo por su irradiación en el arte, la literatura y el pensamiento filosófico. La protección que les dispensó la metrópoli ática integrándolos en sus propios cultos no basta para explicar esta longevidad y este prestigio excepcionales; un factor no menos importante fue la especial cualidad de la experiencia religiosa que proponían y que colmaba aspiraciones no satisfechas por otros cultos. Se podría hablar a este respecto de un humanismo religioso del que Grecia ofrece pocos ejemplos. La expresión está sugerida por un texto de Cicerón, que se inició en los misterios y habla de ellos con fervor. Los misterios son (dice en *De legibus*, II, 14), el mayor bien que Atenas aportó a los hombres, porque nos han hecho pasar de una vida salvaje a una vida más humana (humanitas). La observación no apunta sólo a la idea común de la obra civilizadora realizada por Démeter gracias al don de la agricultura, sino también a una profundización en la experiencia humana, fruto de un contacto privilegiado con lo divino. Mediante los misterios (prosigue Cicerón) hemos aprendido a conocer los principios de la vida (*principia vitae*) y, por ende, el medio no sólo de vivir con alegría, sino también de morir con una mejor esperanza. Este testimonio expresa adecuadamente lo esencial del mensaje que intentaban sugerir simbólicamente a los *mystes* los ritos de iniciación. En la época clásica, ésta constaba de varias fases y era accesible a todos, hombres y mujeres, esclavos y extranjeros, con tal que fuesen de lengua griega.

Se participaba primero en los “pequeños misterios” celebrados en primavera, en un suburbio de Atenas. Los “grandes misterios” tenían lugar en otoño y duraban varios días. Entre las ceremonias preparatorias figuraba una procesión solemne que llevaba hasta Eleusis a los candidatos a la iniciación; en un pasaje paródico de *Las ranas*, Aristófanes recomponen su ambiente entusiasta. La iniciación propiamente dicha tenía por teatro el *telesterion*, un local que fue ampliado varias veces y podía acoger a una gran multitud. La iniciación estaba sometida a un riguroso secreto que sólo algunos autores cristianos osaron franquear revelando ciertos datos fragmentarios, a menudo difíciles de interpretar. Contrariamente a algunos usos propios del orfismo, los iniciados no recibían una enseñanza doctrinal esotérica, sino que, como dice Aristóteles, experimentaban ciertas impresiones y entraban en un determinado estado de ánimo. La ostentación de objetos sagrados y la celebración de dramas, la ejecución de gestos rituales y la recitación de fórmulas sagradas

eran el alimento de esta experiencia mística que realizaba una unión con las dos diosas, dueñas de la vida y de la muerte, revelaba de un golpe el sentido del destino y procuraba en este mundo una felicidad que era el anticipo de una vida de ultratumba bienaventurada. El grado supremo de iniciación se llamaba “epoptía”, término que evoca la idea de visión, de contemplación, y que utilizaría Platón para designar la cumbre de la experiencia filosófica (teogamia).

Todo el ceremonial eleusino tenía como telón de fondo el mito, muy difundido, del rapto de Coré por el Señor de los muertos, su matrimonio infernal y la subida al Olimpo, produciéndose después un compromiso entre los dioses. Así se simbolizaba el regreso periódico del grano, de la vegetación y de toda vida al seno fecundo de la Madre Tierra, encarnada por Démeter, con miras a una nueva germinación. Los eleusinos extrajeron de este mito una historia sagrada que era portadora de un mensaje escatológico nuevo. Démeter, que descendió del cielo para buscar a su hija, llegó un día a Eleusis, en figura de una anciana afligida. Allí gozó de las palabras de consuelo de sus habitantes y de su generosa hospitalidad, se reveló en toda su gloria divina y en su poder de inmortalización y habitó un tiempo entre ellos, en el templo edificado a petición de la diosa; antes de volver a Olimpo les hizo el don - a todos - de sus sagrados misterios, garantizándoles así un renacimiento feliz después de la muerte, al igual que había podido hacer en favor de su hija. “Feliz (dice el antiguo *Himno a Démeter*), feliz aquel humano que vio estos misterios. Quien no se inicia en los santos ritos y no participa en ellos, nunca podrá obtener semejante destino, aunque haya muerto en las húmedas tinieblas.” La tradición representaba a los iniciados, después de su muerte, reunidos en un tiasis y celebrando los misterios de sus diosas, en un escenario paradisiaco de praderas luminosas. Era la imagen de una vida siempre renacida en contraste con la prohibición para los muertos, convocados por Ulises, de abandonar sus brumas oscuras para residir de modo permanente en la pradera de asfódelos (Odisea, 11, 539). Los cultos eleusinos, derivados de viejos rituales agrarios (tesmoforias), celebraban así en Démeter a una mediadora entre los dioses y los hombres, entre el cielo y las entrañas fecundas de la Tierra, entre la vida y la muerte. Prometían una felicidad presente y futura a condición de que se diese una participación ferviente, aunque más serena que el éxtasis dionisiaco, en los misterios que tenían una naturaleza divina y maternal.

Misterios (Grecia).

Los misterios, llamados primitivamente orgías, forman un conjunto de creencias y ceremonias religiosas cuya naturaleza exacta no se conoce aún con claridad, ya que, por su carácter iniciático y esotérico, el contenido no era divulgado por aquellos que tenían acceso a ellos (mystai). Según su finalidad, los misterios estaban abiertos a todos los seres humanos, sin discriminación de sexo ni de rango, o bien se reservaban a una determinada categoría. Así la celebración de las tesmoforias sólo era accesible a las mujeres de la ciudad. En todos los casos, la pureza ritual era una condición previa para la iniciación. Los misterios más importantes eran los del santuario de Démeter en Eleusis, pero se celebraban también en muchos otros lugares sagrados bajo la égida de Démeter o de divinidades como los Cabiros (en Samotracia) o Dioniso. Las ceremonias iniciáticas estaban destinadas a promover la fecundidad, asegurar una vida de ultratumba feliz y permitir la contemplación de la divinidad, la comunión con ella, en este mundo o en el más allá. Los misterios atrajeron a muchos adeptos durante toda la antigüedad, sobre todo a partir de la época helenística, ya que venían a satisfacer su inquietud metafísica y su fervor místico.

Misterios (Egipto).

La religión egipcia no cuenta con “misterios” para iniciados como ocurre en los cultos helenísticos, a pesar de que éstos adoptaron a Osiris, Isis y sus ritos egipcios. Mientras que “en Egipto se consagraba al muerto como si fuera un nuevo Osiris, en el helenismo se iniciaba al vivo para librarlo del presente y de la angustia terrestre”. No obstante, la práctica de la religión egipcia presenta cierto carácter secreto, misterioso, en el que pueden distinguirse dos grados. El acceso al lugar sagrado está reservado a los egipcios, pero el propio pueblo egipcio sólo puede pasar al patio que precede a la sala hipóstila del templo, cuyo acceso se reserva a los nobles y sacerdotes, así como el del santuario está reservado al rey o a su representante. Fuera del templo, el pueblo sólo participaba en las procesiones de las fiestas. Ello se debe a que lo sagrado divino es secreto en sí mismo y únicamente puede comunicarse en el secreto del corazón: “en el santuario de Dios sólo se habla en honor suyo. Ora pues con un corazón amoroso y guarda en secreto todas las palabras” (Libro de la Sabiduría de Ani, XVIII dinastía).

Orfismo.

El único movimiento religioso griego a la que la tradición asigna un fundador, Orfeo; pero resulta oscuro en qué sentido puede decirse que lo fuera. El mito según el cual Orfeo murió despedazado por la Ménades podría indicar una identificación original con Dioniso-Zagreos. El orfismo apareció en el S. VI o VII a.c., y su preocupación se centraba ante todo en la salvación del alma (psyche). En contraste con la visión homérica, en el orfismo se aceptaba que el alma es una entidad inmortal por naturaleza, la esencia íntima de la personalidad. El dualismo de la naturaleza humana se explicaba mediante el mito de Dioniso-Zagreos, hijo de Zeus; los malignos Titanes, que mataron al niño divino y devoraron sus carnes, fueron destruidos por Zeus; de sus cenizas se formó la humanidad, que por ello posee una naturaleza dual, compuesta de un elemento divino, dionisiaco (la psyche) y otro elemento material, titánico (el cuerpo). Según Platón, los órficos llamaban al cuerpo (soma) la tumba (sema) del alma. El orfismo aceptaba la metempsicosis. Por lo que sabemos en relación con su soteriología, el orfismo aspiraba liberar al alma de las sucesivas reencarnaciones en varios cuerpos (de todo tipo, incluidos los peces y los vegetales). Como religión misteriosa, el orfismo tenía ritos de iniciación, de los que formaban parte una purificación y la comunicación de un saber secreto; también imponía ciertas normas de vida, incluido el vegetarianismo. Según ciertos textos inscritos sobre láminas de oro, que han aparecido en algunas tumbas, probablemente de origen órfico, el difunto iniciado aspira a que se le reconozca como de condición divina, y pide ser liberado de la “triste y pesada rueda” de la reencarnación. El orfismo tenía también una cosmogonía en que el origen del mundo se hacía remontar a Chronos; probablemente se inspiraba en el concepto iranio de Zurván. Los órficos tenían algunas relaciones con los pitagóricos, influyeron en Platón y probablemente en el gnosticismo.

Orfismo.

Se llama orfismo la doctrina propagada por los adeptos de los misterios órficos y los ritos ligados a tal doctrina. Estos ritos se basan en una mitología: la de Dionisos, hijo de Zeus y de Perséfone, que fue devorado por los Titanes, salvo el corazón, que fue dado a Zeus por Atenea. Destruídos los Titanes por los rayos de Zeus, emergieron de sus cenizas los hombres, cuya existencia aloja dentro de sí el mal de los Titanes y el bien de Dionisos. Dionisos nació de nuevo del corazón tragado por Zeus; esta resurrección es fundamental en

la doctrina órfica y en sus ritos; por un lado, llevó a la creencia en la transmigración; por el otro, a la abstinencia de carne. Se atribuye al poeta Orfeo (S.VI a.c) el haber fijado los puntos esenciales de tal mitología y doctrina en los llamados Himnos Órficos. Desde el punto de vista filosófico, interesan sobre todo los testimonios que hay sobre el orfismo en Pitágoras, en Empédocles (Las purificaciones) y en Platón. El orfismo aparece aquí como una de las religiones de misterios a que nos hemos referido en el artículo Misterio y que oscila entre lo mágico religioso y lo filosófico. La cuestión es, sin embargo, muy complicada. Hasta hace relativamente corto tiempo se creía que el orfismo filosófico era una depuración del orfismo mitológico. Se suponía, además, que había existido una secta órfica de la cual tomó Pitágoras parte de sus enseñanzas. Dodds ha demostrado, empero, que el contacto con las culturas chamanísticas puede perfectamente explicar las ideas órficas de la “excursión psíquica” del alma, la afirmación de la posibilidad de la presencia de ésta en varios lugares a la vez, a la idea del cuerpo como sepulcro del alma y otras doctrinas análogas. Según esta interpretación, la doctrina de la separación entre lo corporal y anímico no procede de la tradición griega, la cual concebía (inclusive después del orfismo) que el cuerpo y el alma son realidades equivalentes.

Orfismo y Pitagorismo.

Al margen de los cultos oficiales hubo en Grecia, durante el S. VI, una corriente mística en la que se ven nacer nuevas aspiraciones sobre el destino humano y sobre las relaciones del hombre con lo divino. Una prueba de esta renovación religiosa fue el eco que encontraron los misterios de Eleusis y de Dionisio, así como esos dos movimientos de tipo más intelectual y estrechamente afines que son el orfismo y el pitagorismo. Pese a sus denominaciones, tan conocidas, los orígenes son oscuros en muchos aspectos; pero la notable influencia que ejercieron se hace evidente en una larga historia que se prolonga hasta los primeros siglos de la era cristiana. De esta época tardía data, por lo demás, una parte importante de los documentos sobre estos movimientos. Bajo el nombre de Orfeo se han conservado numerosos escritos apócrifos, y desde el fin de la república romana se asiste al florecimiento de una abundante literatura neopitagórica.

La existencia de una multitud de libros, supuestamente muy antiguos, y de diversas prácticas calificadas de órficas, está atestiguada desde el S. V., especialmente por Platón.

¿Qué relación guarda todo este conjunto abigarrado con el personaje y el mito de Orfeo, el poeta mágico al que se le atribuyó la introducción en Grecia de los misterios y que se hizo famoso por su viaje a los infiernos, su participación en la conquista del vello cino de oro y su muerte trágica a manos de mujeres tracias? Es difícil saberlo. El orfismo, por otra parte, ¿constituyó una verdadera religión, practicada por comunidades autónomas? Es más acertado sin duda considerar dicho conjunto como obra de personajes aislados que al modo de los adivinos, iban de ciudad en ciudad predicando una doctrina salvadora (vida de ultratumba) y proponiendo prácticas expiatorias. Al margen de estas cuestiones controvertidas, las creencias órficas se identifican con facilidad por los temas dualistas, que no tenían precedente en el pensamiento griego. El alma humana, de esencia divina, está prisionera de un cuerpo de origen titánico; en virtud de una mancha primitiva (pureza), está condenada a reencarnarse si cesar; sólo puede liberarle de este ciclo infernal de la generación la iniciación enseñada por los orpheotelestai (iniciadores órficos; la salvación prometida consiste en una vida de ultratumba feliz cuando el alma se une a lo divino, mientras que los no iniciados quedan condenados a vegetar en un cenagal tenebroso, imagen de la vida terrestre.

Lo que transparenta a través de estas especulaciones sobre antiguos mitos escatológicos (la mención de Perséfone en las célebres láminas de oro) cosmogónicos (el papel cósmico atribuido a Afrodita) y antropogónicos (la muerte a manos de los Titanes de Dionisio, cuyas cenizas dan nacimiento a los hombres) es una angustiada pregunta sobre los orígenes del mal, un afán de interioridad y de salvación individual, una nueva concepción de lo divino como origen y fin de la existencia. Es también el rechazo del sistema teológico y político codificado en la religión olímpica y el resurgir de antiguos símbolos heredados de las religiones anteriores.

El pitagorismo se perfila sobre un mismo fondo de doctrinas dualista, pero no debe confundirse con el orfismo. Presenta, en efecto, unos perfiles más netos. El fundador, aunque aparece asimismo aureolado de leyendas, es un personaje histórico cuyas huellas se pueden rastrear. Pitágoras, huyendo de la tiranía de Polícrates en Samos, se instaló en la Magna Grecia durante la segunda mitad del S. VI. Obtuvo gran éxito con su doctrina y reunió a su alrededor, en Crotona, una verdadera comunidad para la que ideó un nuevo género de vida y a la que atribuyó un importante papel en la sociedad. Este proyecto de reforma social y política es un primer rasgo que permite distinguir su empresa de la acción llevada a cabo por otros magos ambulantes, igualmente portadores de un mensaje de salvación. La doctrina pitagórica aparece, además, mucho más elaborada que la amalgama de los órfico y tiende a convertirse en una verdadera filosofía. Los antiguos atribuían a Pitágoras la creación de la palabra *philosophos*, “amigos de la sabiduría”, para designar a aquel que consagra su vida a la contemplación de la naturaleza divina. En realidad es posible determinar cual fue la enseñanza inicial en este terreno: la velaba un secreto iniciático, y varias generaciones de discípulos la fueron enriqueciendo. Lo más acertado, como hace Aristóteles, es recurrir a una forma colectiva.

Lo que caracteriza al pitagorismo antiguo es una estrecha alianza entre el misticismo y el racionalismo. El principio divino de la naturaleza, reside para los pitagóricos en los números. Los números, “raíces de todas las cosas”, derivan por generación de la Unidad y están representados por puntos cuyas sumas forman figuras geométricas. Algunos están dotados de una propiedad particular; así, la “santa tetraktys”, formada por la suma de los cuatro primeros números y figurada por el triángulo decádico, es el número perfecto del juramento.

Los pitagóricos pretenden explicar mediante esta aritmología mística, no sólo la esencia y el dinamismo de los fenómenos físicos, sino todo tipo de realidad; la justicia, por ejemplo, corresponde al número cuatro o al cuadrado.

También se debe a los pitagóricos el haber extendido a todo el universo el dualismo introducido en el hombre por las nuevas creencias, y la división del mundo en una región celeste, donde reina la perfecta armonía, y una región sublunar donde se desarrolla el ciclo de la generación y la corrupción, ofrece un marco a la escatología. Las Islas de los Bienaventurados (vida de ultratumba) se llaman en adelante el Sol y la Luna. En este contexto, principalmente, se elabora la idea de la inmortalidad del alma. La vida ascética, respetuosa con ciertas prohibiciones, y los ejercicios espirituales favorecen el recuerdo de las existencias pasadas y la búsqueda incansable del número y la armonía que abren el camino a ese destino divino.

Tales son los aspectos, más relevantes de esta filosofía extraordinariamente fecunda que pretendía ser, ante todo, una religión salvadora. En los albores de la reflexión racional, representa una importante etapa e inaugura una corriente de pensamiento en la que se

integra toda una serie de sabios, Platón es uno de ellos, lo cual demuestra hasta qué punto el pitagorismo pesó de modo decisivo en el destino cultural de Occidente.

Thoth

Antiguo dios egipcio de la sabiduría y del arte de la escritura. Aparece representado generalmente con cabeza de ibis y sosteniendo el cálamo y la paleta de los escribas. Su centro de culto se hallaba en la ciudad de Chmunu, llamada Hermópolis por los griegos, con lo que se indica la identificación de Thot con Hermes. Como “Hermes tres veces grande”, Thoth es considerado fuente de la revelación divina en la literatura hermética. Dios creador de la ogdóada. La importancia de su culto hizo que los teólogos de Heliópolis lo incluyeran en la pequeña enéada; también participó en la cosmogonía menfita. Thoth es el calculador por excelencia, y por ello se le considera inventor del calendario y de las matemáticas, así como de la escritura, por lo que es el inspirador de la sabiduría y el patrón de los escribas. Como escriba de los dioses figura en la representación del juicio de los muertos anotando el resultado de la psicostacia (peso del corazón en la balanza) o inscribiendo el nombre de un nuevo faraón, durante la ceremonia de su llegada al trono, en la hoja de persea sagrada. Igualmente, es dios de los médicos y magos: ayuda a Isis en el ritual destinado a resucitar a su esposo, devuelve a Horus la integridad del ojo afectado en su lucha contra Seth.

Todas estas características hacen que Thoth se asimile a Hermes en época grecorromana.

Textos.

Matila C. Chyka. “Estética de las proporciones en la naturaleza y en las artes”.

Pag. 75.- Fue el pentágono estrellado o pentagrama el que tuvo el honor del símbolo. Pitagóricos y neo-pitagóricos lo usaron bajo el nombre de pentalfa como emblema de la salud y de la vida (cinco A entrecruzadas). Como estrella de cinco puntas, el mismo símbolo sirvió en la Edad Media de sello a la Santa Vehme; Paracelso en el S. XVI y el P. Kircher en el S. XVII, lo mencionan también. Además, el sabio jesuita narra a este propósito en el capítulo De Magicis Amuletis de su Aritmología, que en vísperas de una batalla contra los gálatas, Antíoco vio en sueños a Alejandro mostrándole la estrella de cinco puntas y que sus magos le aconsejaron enarbolar este emblema como estandarte durante el combate.

He vuelto a encontrar una variante especial del pentagrama estampada en la parte inferior de las actas masónicas de una logia del tipo egipcio hacia 1860 (Gran Oriente de Egipto, Logia de los sabios de Heliópolis), cuyo último avatar es la Estrella Roja de los soviets.

Pag. 151.- La mística numérica de los pitagóricos encubría, bajo un símbolo condensado, una mezcla en la cual es imposible proporcionar las partes del conocimiento científico, de la inducción intuitiva y de la fantasía. La péntada invencible o número 5, era el número de Afrodita, a la vez simétrico (con respecto a la unidad central) y asimétrico, por ser impar, compuesto del primer número matriz o femenino, 2, y del primer número masculino, 3; el pentágono, y sobre todo el pentagrama, era el símbolo de la vida misma, especialmente como armonía en la salud, euforia (El hecho de que el pentagrama servía de signo de enlace a los pitagóricos está mencionado ya en una acotación de Aristófanes y en un pasaje de Luciano).

Pag. 204.-...todo el misterio con que los pitagóricos rodeaban el concepto de lo que llamaban lo irracional, se explicaría no ya como una angustiosa tentativa de salvar las apariencias de la doctrina primitiva basada sobre el número entero, sino como la voluntad reflexiva de conservar celosamente sólo para los iniciados el desarrollo filosófico que en esta relación trascendente les había suministrado la clave o, por lo menos, la notación matemática de la armonía viva.

Pag. 212.- Es imposible resumir en algunas páginas la obra en que Lund expone la serie de sus deducciones, basadas no sólo en los planos rigurosos de los edificios de que se ocupa, sino también en un estudio profundo de todos los documentos capaces de arrojar un poco de luz sobre el espíritu y los procedimientos de estos constructores de catedrales cuyo arte había permanecido envuelto en un misterio más denso que el de períodos mucho más lejanos. El misterio era premeditado; los secretos de los maestros de piedra y maestros de obra se transmitían según ritos de los cuales los profanos eran tan celosamente apartados como en otro tiempo los que querían penetrar los arcanos de la doctrina de Pitágoras. Y (convergencia fortuita o con más seguridad transmisión de los iniciados a través de los siglos *bárbaros*) es justamente el pentagrama de los pitagóricos el que se encuentra como símbolo visible en la iglesia bizantina de Spalato (500 a.c.), como sello lapidario en la catedral noruega, y que, combinado con el cuadrado y el doble cuadrado en una construcción que también se debe a los discípulos del geómetra de Samos, parece ahora proporcionar la clave gracias a la cual las sinfonías de piedra de Trondhjem, Estrasburgo, York, Notre-Dame de Paris, Amiens, Beauvais y Colonia, revelarían el secreto de su compleja geometría.

Pag. 218.- He tratado de exponer la teoría de Lund de modo tan detallado cuanto lo permite el marco de este capítulo que ya excede de sus límites, y de destacar tanto sus resultados prácticos como los que enriquecen la historia de la filosofía matemática. Parece que el arqueólogo noruego ha establecido de modo satisfactorio el aspecto histórico de su tesis: transmisión ininterrumpida, aunque por un número reducidísimo de iniciados del esoterismo matemático platónico y neoplatónico, y en particular de los trazados inspirados en el pentagrama y la sección áurea. La aplicación de esta mística geométrica a los planos concretos de las catedrales de los arquitectos de la Edad media es también más que probable.

Pag. 221.- Con el Renacimiento se reanuda directamente el contacto del pensamiento occidental con la geometría antigua. Al mismo tiempo desaparece, tal vez para siempre, el esoterismo de la arquitectura, y los sutiles diagramas estrellados se desvanecen con tanto misterio como habían llegado. Pero la sección áurea, redescubierta de modo oficial por la escuela neoplatónica, cuyo bardo entusiasta fue Paccioli, es empleada ahora a plena luz por todos los arquitectos de la gran época (como también a veces, conscientemente o no, por los que más tarde se inspirarán en sus obras).

Pag. 238.- Los conocimientos de los sacerdotes de Heliópolis o de Sais, de cuyos labios Pitágoras, y luego Platón, recibieron el dogma del Número (cuando la Gran Pirámide era ya dos veces milenaria) no habrían formado más que un residuo penosamente reconstruido por los herederos respetuosos de la gran cultura desaparecida.

Pag. 252.- Los conocimientos geométricos de los maestros arquitectos árabes y cristianos de la Edad Media estaban, pues, lejos de tener el carácter rudimentario y empírico sugerido por la ausencia casi total de planos y de comentarios relativos a las construcciones de este período, cuyo éxito estético y técnico presentaba por este hecho la apariencia de un milagro felizmente repetido.

Pag. 253.- Como lo adivinó Viollet-le-Duc, los contemporáneos de Santo Tomás de Aquino y de Alberto el Grande comprendieron mejor que los suyos el espíritu de la arquitectura griega. Pero, análogo en esto a la ciencia de los arquitectos egipcios y griegos, de la que parece proceder sin interrupción, la de los *magistri lapidum* de la Edad media se transmitía como un código secreto celosamente guardado. Conocemos bastante mal la Siria de los seléucidas y el Egipto posterior a los Ptolomeos. Entre Antioquía, Antinoe y Alejandría, fulguró durante dos o tres siglos una cultura filosófica, científica y artística que encarna una de las épocas más brillantes del pensamiento humano, y a causa de su mismo destello cegador y de su brevedad meteórica, una de las más oscuras en cuanto a historia.

Los dos incendios de la biblioteca de Alejandría (47 a.c. y 392 d.c.) fueron dos grandes catástrofes intelectuales para la humanidad. Con las claves de muchos otros enigmas, desaparecieron las fuentes manuscritas que hubieran podido darnos detalles sobre el enlace de la antigua ciencia de los constructores de pirámides, la geometría griega y la del Egipto neo-pitagórico, gnóstico y cristiano. Sin embargo, así completada y puntualizada gracias a las investigaciones de Dieulafoy, E. Mâle y Lund, la hipótesis de Viollet-le-Duc sobre la transmisión de ciertos diagramas egipcios a los árabes y luego a los cluniacenses por intermedio de la escuela greco-nestoriana de Alejandría, es bastante plausible. La Gran Pirámide, que astronómicamente puede ser el Gnomon del Gran Año, sería también el metrónomo cuyo acorde armonioso, incomprendido a veces, resuena en el arte griego, la arquitectura gótica, el primer Renacimiento, y en todo arte que, Junto con la divina proporción, encuentra la pulsación de la vida.

El estudio de las tradiciones y de los documentos relativos al gremio podría ayudar tal vez a reanudar algunos hilos en la misteriosa trama. Anoto en un reportaje concedido por Bernet Albert de Séméac (*Intransigent*, 18 de Julio de 1924), el Maestro de Obra elegido nuevamente en Francia como jefe de los oficiales de todos los oficios y de todos los ritos, que el Maestro de Obra fue siempre, por obligación, un oficial tallador de piedras; que hasta la Revolución, debía dirigirse cada año a Saintes-Maries-de-la Mer para la elección del Rey de los Bohemios (se sabe que éstos, en la Edad media, eran llamados egipcios); que una tradición observada hasta 1870 quería que una vez al año el maestro de obras fuese introducido al crepúsculo en la catedral de Estrasburgo por el obispo de la ciudad para pasar allí la noche, y que esta catedral fue siempre la sede tradicional de la cofradía. Por lo demás, fue la catedral de Estrasburgo desde donde se propagó por Europa una serie característica de sellos lapidarios apareciendo hacia el este hasta en las iglesias moldavias del S. XV.

Entre estos signos lapidarios, jeroglíficos, claves o señales simbólicas, el nuevo Maestro de Obras cita el laberinto cretense.

Pag. 254.- Ya Pitágoras había observado que no sólo todo concepto, todo hecho geométrico, tenía como correspondiente un hecho, una ley aritmética paralela, sino que toda armonía (comenzando por la armonía musical) dependía de una proporción, de una relación numérica. Teniendo el orden y la belleza del Universo su origen o su explicación

en los números, la filosofía de su escuela se resumía en la Idea del Número como esencia o símbolo de todas las cosas. No era en la sustancia de los fenómenos sino en su estructura donde sus discípulos (como más tarde Platón) situaban y buscaban la realidad.

- “Tal vez lo más extraño de la ciencia moderna es su vuelta al pitagorismo” Bertrand Russell (The Nation, 27-9-24).

Pag. 265-6.- Si el impulso místico de las ciudades, de las órdenes monásticas, de los príncipes, de los gremios, fue la causa eficiente de la inmensa floración de piedra que brotó del suelo de Europa gótica, hemos visto que la seguridad de ejecución y la belleza sinfónica de los resultados deben atribuirse también a una cultura técnica y matemática, cuyos indicios (que permiten adivinar su trama) no son menos reveladores por el hecho de que haya sido celosamente guardada en secreto por sus sucesivos depositarios.

No es solo por convergencia causal, orgánica, que Notre Dame, la catedral de Reims, los campanarios de Estrasburgo, Münster, etc., reproducen las pulsaciones del crecimiento armonioso. Transmitido por los arquitectos gnósticos, coptos, árabes, mozárabes, a los maestros de obra franceses, normandos, renanos, el emblema pitagórico que dibujó en sueños Alejandro a Antíoco, reaparece ondulante y enmascarado en el rosetón marino de Notre Dame, riguroso, abstracto, canónico, en la magnífica rosa norte de Amiens y sobre el sello lapidario, vuelto a la luz después de ochocientos años en la catedral de Trondhjem.

La arquitectura humanista del primer Renacimiento presenta justamente entre otros componentes, una reacción de la claridad latina contra ese velo de esoterismo místico. El contacto espiritual con el pensamiento platónico y alejandrino se reanudó rodeado de una luz fulgurante en que sabios, filósofos y letrados se entregan sin remordimientos a la embriaguez rediviva de pensar sin trabas, de mirar sin anteojeras. De nuevo se cree, sin exigir un exequatur previo, en la excelencia, en la virtud de la verdad, de la belleza, en sí mismas. Haciéndolo, se siente tal vez un poco el engaño, y hasta se corre un riesgo si se carece de tacto o de suerte. Pero nada quita esto a la exaltación de la hora: monjes y príncipes de la Iglesia no son los invitados menos ardorosos a esta bacanal del pensamiento.

En esta tendencia a comenzar de nuevo la gran síntesis, a volver a crear todos los valores, entre otros los valores estéticos, bebiendo a sus anchas en las fuentes antiguas mediante este juego de la inteligencia, los humanistas descubren nuevamente y a un mismo tiempo la arquitectura griega y romana y la filosofía geométrica de Platón. La geometría del espacio pasa a ser el fundamento de la enseñanza, no sólo de los arquitectos, sino también de los pintores, de donde resulta que casi todos los grandes pintores de ésta época son también arquitectos, y recíprocamente, e incluso podría decirse que todos los hombre instruidos, conforme al voto de Platón, son geómetras, y todos se ocupan de arquitectura, cuando menos para discutir. La frase en que Vitrubio compara la euritmia del cuerpo humano con la de un edificio cuyas dimensiones y proporciones están relacionadas por un tema de correspondencia general y por ritmos recurrentes, combinada con el estudio de los cuerpos platónicos, hace revivir la ley de pulsación viva y de composición armónica que durante millares de años había sido uno de los grandes secretos de los hierofantes, y es el monje Paccioli amigo de Alberti y de Leonardo quien, consagrándole el tratado lírico y erudito evocado en el prefacio de este libro, la hace entrar triunfalmente en el dominio público bajo el nombre de divina proporción.

Matila C. Ghyka. “El Número de Oro”. I Los Ritmos.

Pag. 13.- Como las fuentes escritas son muy discretas y como ningún testimonio gráfico, por lo menos en lo que respecta a la antigüedad, ha subsistido (ni siquiera los dibujos que ilustran el tratado de Vitruvio) el estudio de estos cánones, o, mejor dicho, procedimientos de composición, de ajuste proporcional, se reduce a un cierto número de hipótesis recientemente formuladas sobre la materia. Tienen de común el hecho de que los métodos gráficos que aspiran a ser sus demostraciones tienden a producir trazados en los que el tema del conjunto se refleja, se reproduce, según un cierto ritmo más o menos velado, en cada una de las partes. Leyes de la analogía, de la repetición de la forma fundamental, de la identidad en la variedad, de lo Igual y de lo semejante..., distintas denominaciones de un mismo principio o de una misma comprobación, derivan en efecto, de los conceptos de simetría y de analogía, tal como los entendían los antiguos. La Analogía de Platón y de los aritmólogos pitagóricos no es otra cosa que la Proporción (igualdad, equivalencia o concordancia de dos o más relaciones). La proporción geométrica, especialmente la Simetría, significaba en ellos, lo mismo que en Vitruvio, la conmensurabilidad entre el todo y las partes, correspondencia determinada por una medida común entre las diferentes partes del conjunto, y entre estas partes y el todo (es la definición de Vitruvio, y la palabra simetría conserva este sentido, del todo diferente de su significación actual, hasta fines del S. XVII).

Las más interesantes de entre estas hipótesis concuerdan también incidentalmente con la teoría pitagórica de la armonía de las Esferas, con las ideas filosóficas y cosmogónicas enunciadas por Platón en el más pitagóricos de sus diálogos (el Timeo), y con las especulaciones derivadas de la analogía, la correspondencia, entre el Macrocosmo (el Universo creado por el Gran Ordenador) y el hombre, o Microcosmo. Y al final del pasaje antes mencionado, en el único tratado de arquitectura que nos ha legado la antigüedad. Vitruvio da como ejemplo de la eurythmia producida por una “simetría” ideal, el cuerpo mismo del hombre.

Pag.20.- Como símbolo o motivo dominante del trazado he encontrado, con frecuencia, una figura geométrica (el pentagrama) asociada, precisamente, a las tradiciones pitagóricas (también la he encontrado como motivo dominante en el estudio de las formas vivas) y como proporciones frecuentes, por no decir las más frecuentes, han aparecido temas basados sobre cierta razón (la sección áurea). Esta razón, este invariante algebraico, puede nacer de una manera abstracta y directa de una operación lógica muy sencilla, la más sencilla que puede hacerse, acercándonos al concepto platónico de proporción. La he encontrado igualmente en biología, esquema numérico, símbolo resumido de la forma viva (al mismo tiempo que opuesto a los esquemas de equilibrio cristalino de las formas no-vivientes), de la pulsación de crecimiento. Este “número de oro” resume aritmética y algebraicamente las propiedades de la dominante geométrica (el pentagrama) antes citada.

Pag. 16.- En el segundo, estimulado por el cortés escepticismo de Salomón Reinach, respecto de la transmisión ininterrumpida del esoterismo matemático pitagórico, trataré de completar, de todas maneras, la trayectoria de esta transmisión, y demostrar que el pitagorismo, con su geometría, de la que jamás se ha desconectado, se transmitió por “una cadena dorada” no solo en arte (Platón, Vitruvio, maestros de obra, Paccioli, Leonardo) o en matemática (Platón, Nicómaco de Gerasa, Paccioli, Kepler, Descartes, Russell,

Einstein), sino en otros dominios, el más interesante, y aún sensacional, de los cuales me ha señalado el propio S. Reinach.

Porque del magnífico tronco dejado por el Maestro de Samos, han brotado ramas poderosas que forman el noble abanico de la palmera del viajero. Y la idea-savia de este árbol gigantesco, más de dos veces milenario, árbol del conocimiento y árbol de la vida, ha sido la que he llamado la “Ley del número”, idea matriz, base vivificante, tanto, que fue comprendida no sólo por el Arte mediterráneo, sino por toda la “Aventura” intelectual de occidente.

Pag. 20.- Como se sabe, la concepción del Número en Platón y la importancia que le otorga (“los números, dice en el *Epinomis*, son el más alto grado del conocimiento...y luego: “El número es el conocimiento mismo”) se derivan del pitagorismo más ortodoxo (se sienten tentaciones de decir que Platón –429-347 a.c.- era un iniciado que no había prestado el juramento del silencio). El propio Nicómaco era pitagórico, o más bien neo-pitagórico declarado, y su obra matemática no es sino una compilación discretamente ordenada y claramente redactada de elementos tomados de los trabajos de la brillante Escuela de Alejandría, de los cuales, en general, sólo han llegado hasta nosotros los títulos.

En la base de las ideas y de las definiciones que seguirán se encuentra la afirmación: “Todo está dispuesto conforme al número, que ya en el S. IV a.c. pasaba entre los que habían conocido a los últimos sobrevivientes de la Escuela primitiva fundada por el Maestro de Sicilia como la más importante de sus revelaciones filosóficas. Los comentarios, e incluso las definiciones, parecerán en el primer momento al lector no familiarizado con la matemática griega como envueltos en una metafísica a priori, desconcertante para el honesto racionalismo que presidió nuestra iniciación matemática.

Pero advertirá poco a poco, que el tono desacostumbrado de este punto de partida no impide a la razón dominar con firmeza el desarrollo y el encadenamiento de las ideas, y que este pequeño repaso de gimnástica mental helénica permite seguir ulteriormente sin esfuerzo la evolución y las vicisitudes sufridas hasta nuestros días por un sistema conceptual de extraordinario vigor, que permanece más vivo que nunca, a pesar de su núcleo cristalino de pensamiento puro. Y descubrirá tal vez que el sospechoso destello de la nube metafísico-teológica no era oropel sino claridad y que la Teoría de Números de hoy comienza a parecerse de extraño modo a la de Platón y de Nicómaco, esperándose que nuestra Física y nuestra Cosmogonía se unan a las del propio Ieros Logos.

Observemos ante todo que la misma palabra Logos, significa en griego razón, razonamiento y relación (el juicio, facultad esencial de la inteligencia razonante, es, por lo demás, la justa percepción de las relaciones entre las ideas y las cosas. Este mismo término, la palabra por esencia (como más tarde el Verbo en el cuarto Evangelio), significa también la Inteligencia creadora. Como Platón, Nicómaco distingue dos clases de números: el Número divino, o Número-idea, y el número científico. El primero es naturalmente, el modelo ideal del segundo, es decir, de lo que consideramos generalmente como número; pero a causa de que en el mundo material son las formas (que dependen de cantidades, de calidades y de disposiciones) las únicas cosas permanentes, y que de la estructura de las cosas (copia del modelo o paradigma percibido por el Logos como resultante de la Idea y del Número) es su única realidad, él (el Número Divino) será también, más generalmente hablando, el Arquetipo director de todo el Universo creado.

Pag.23.- Tratemos, pues, de olvidar las cifras y de pensar en números puros y nos parecerá entonces tan razonable como a nuestros dos antiguos guías admitir que, estando el Cosmos ordenado y ritmado, el Número es, según la expresión de Nicómaco, la esencia eterna de la realidad.

Los principios (orígenes) del Número y del resto de todas las cosas son, dice, copiando también en esto la terminología del Timeo, “lo Mismo” y “lo Otro” (o la cualidad de “ser la misma cosa” o de ser “otras cosa”).

“Y cuando el todo hubo comenzado a ordenarse...todos los elementos recibieron de Dios sus figuras por la acción de las Ideas y de los Números...” (Timeo).

“El caos primitivo, falto de orden y de forma, y de todo lo que diferencia según las categorías de la cualidad, etc., fue organizado y ordenado según el número” (Nicómaco de Gerasa).

Pag. 24.- La ciencia moderna acaba de llegar a una actitud espiritual análoga al suprimir de nuevo las barreras entre la matemática y la lógica: la teoría de conjuntos, de clases y relaciones de Cantor-Russell-Whitehead y la axiomática de Hilbert, son capítulos de una ciencia única, la nueva “logística”, cuyos elementos, fichas simbólicas, representan indiferentemente ficciones lógicas, números o configuraciones geométricas.

Desbrozando así el terreno, cedo la palabra a Nicómaco de Gerasa, cuyo prefacio de su introducción a la Aritmética parecerá ahora suficientemente claro:

Los antiguos, que bajo la dirección espiritual de Pitágoras fueron los primeros en dar a la ciencia una forma sistemática, han definido a la filosofía como el Amor al Conocimiento... Las cosas incorpóreas (como las cualidades, las configuraciones, la igualdad...las relaciones, las disposiciones...,los lugares, los tiempos...) son por esencia inmutables e incambiables, pero pueden participar accidentalmente de las vicisitudes de los cuerpos a los que son afectados.

Y si accidentalmente el Conocimiento se ocupa también de los cuerpos, soportes materiales de las cosas incorpóreas, es, sin embargo, a éstas a las que se aplicará de un modo más especial. Pues estas cosas inmateriales, eternas, constituyen la verdadera realidad. Pero lo que está sujeto a formación y destrucción... (la materia, los cuerpos) no es actualmente real por esencia.

Todo lo que la naturaleza ha dispuesto sistemáticamente en el Universo parece haber sido, tanto en sus partes como en el conjunto, determinado y puesto en orden de acuerdo con el Número, por la previsión y el pensamiento de Aquel que creó todas las cosas; pues el modelo estaba fijado, como un bosquejo preliminar, por la dominación del Número preexistente en el espíritu del Dios creador del mundo, número-idea, puramente inmaterial en todos sus aspectos y, al mismo tiempo, la verdadera esencia, de manera que de acuerdo con el Número, como de conformidad, en un plano artístico, fueron creadas todas las cosas, y el Tiempo, el movimiento, los cielos, los astros y todos los ciclos de todas las cosas.”

Pag. 31.- Platón es probablemente el pensador que más ha meditado sobre la proporción y la armonía. Su jeroglífico sobre el Número o más bien el ritmo del Alma del Mundo, cuyo esquema matemático y musical no ha sido rigurosamente reconstituido hasta el S. XIX muestra la forma en que la “tetractys” pitagórica podía intervenir en los problemas de la “armonía general”

Pag. 64.- Vitruvio, cuya obra no contiene ninguna innovación personal, sino la exposición de la tradición, vieja ya de cinco siglos, de la arquitectura griega, insiste con mucha frecuencia sobre ella. Cuando trate de las columnas comparará las proporciones de la columna dórica a las del cuerpo masculino; las de las columnas jónicas evocarán el cuerpo gracioso de la mujer, las de las columnas corintias, los cuerpos esbeltos de las vírgenes.

Este punto de vista sólo es la transposición al dominio de la forma geométrica, del concepto de las correspondencias entre el Macrocosmo (Universo) y el Microcosmo (el hombre), cuya versión metafísica nos ofrece el Timeo (hasta con un triple juego de correspondencias entre el cuerpo humano, el alma humana, y el alma del mundo. La correspondencia entre la forma del templo y el Universo, se encuentra mencionada ya en Egipto, pero la idea de realizar este fin tomando como intermediario no la forma humana a la letra sino el sutilísimo juego de las proporciones y de las armonías que allí se denuncian, parece específicamente griega.

Hemos visto que los pitagóricos habían escogido el pentagrama, símbolo de la armonía viva y de salud, como su santo y seña. Lo que encontraremos en los cabalistas, alquimistas, magos de la Edad Media y del Renacimiento, como símbolo del microcosmo, es decir, del hombre tanto físico como astral, para emplear el término moderno que interpreta bastante bien las ideas de los ocultistas de todas las épocas sobre el aura fluídica, intermedio según ellos, entre la esencia espiritual, el Noüs, y el cuerpo. La más conocida de estas representaciones del hombre-microcosmo, piernas y brazos separados en forma de figurar con la cima de la cabeza los cinco puntos del pentagrama, es la de Agripa de Nettesheim en su trabajo *De Occulta Philosophia*.

Pag. 98.- Es evidente, además, que los egipcios conocían ya muchos casos particulares del teorema de Pitágoras, y en particular el 3-4-5. De las prácticas de estos geometras-agrimensores del antiguo Egipto es como nació, según confesión de los griegos, la geometría mediterránea. Se conoce la célebre frase en que Demócrito de Abdera se jacta...”de no haber encontrado a nadie que lo superase en el arte de trazar líneas en las figuras, y de demostrar sus propiedades, ni aún entre los agrimensores egipcios”. Se trata del mismo Demócrito (450-360 a.c.) que habiendo residido largo tiempo en Egipto, como Tales y Pitágoras, donde estudió matemáticas y ciencias naturales, fue el precursor de la teoría atómica: conoció a Filolao y fue probablemente iniciado por él en las especulaciones filosófico-musicales de los pitagóricos. En todo caso, fue el primer filósofo (según nuestras informaciones) que empleó las expresiones de macrocosmo y microcosmo.

Pag. 102.- ...Este punto de partida permite imaginar, desde que por la práctica de las manipulaciones gráficas de las series áureas surgidas de la división del círculo en 10 o en 5 partes, los arquitectos se dieron cuenta de la flexibilidad de estas modulaciones, una evolución muy rápida hacia una sutileza sinfónica de los ritmos conforme al ideal armónico de la escuela pitagórica tal como lo bosquejó Platón. Basta comparar el texto de Vitruvio al del Timeo para ver que esta rigurosa estética matemático-musical dominó la arquitectura antigua.

La teoría general de las proporciones, comprendidas en ellas las armónicas y geométricas asociadas a la década y al tetracto, el estudio de las proporciones entre volúmenes, el de los cinco cuerpos regulares, de los ritmos astronómicos y biológicos cuya evocación encontramos en el Timeo y la República (Número del Alma del Mundo, Número Nupcial, etc.), unido todo ello a la idea egipcia de la correspondencia deseable entre el Templo y el

Universo, a la de la correlación entre el Universo vivo y el hombre ((macrocosmo-microcosmo), debían converger justamente en la técnica de los arquitectos hacia esos trazados de sutiles correspondencias eurítmicas entre longitudes, superficies y volúmenes, que por la dificultad que hemos tenido para descifrarlos bien merecen la calificación de esotéricos. La arquitectura contemporánea de la matemática pitagórica y de la religión de Eleusis, era de carácter iniciático y ritualístico, y esta tradición del secreto para todo cuanto tenía relación con las cosas sagradas venía, a su vez, de Egipto. Los griegos le agregaron correlaciones no sólo armónicas sino que explícitamente musicales. Y desarrollaron al extremo una concepción metafísica del Número y de sus emanaciones: Proporción, Ritmo, Forma.

La transmisión a los góticos de esta concepción esotérica de la arquitectura se hizo mediante las corporaciones de constructores y la filosofía neoplatónica. El espíritu celtónórdico fecundó y renovó la teoría clásica de la proporción incorporando a ella el ensueño, la selva gótica, sin hacerle perder nada de su rigor ni de su seguridad geométrica.

Y también fue Platón quien suministró a Moessel el hilo de Ariadna que conduce a su atrayente síntesis, en el Timeo, y en este pasaje de Filebo:

“Lo que aquí entiendo por belleza de la forma no es lo que el vulgo comprende generalmente bajo este nombre como, por ejemplo, la de los objetos vivos o de sus reproducciones, sino algo de rectilíneo y circular, y las superficies y cuerpos sólidos compuestos con lo rectilíneo y lo circular por medio del compás, de la cuerda y de la escuadra. Pues estas formas no son como las otras, bellas sólo bajo ciertas condiciones, sino que son siempre bellas en sí mismas.”

- Conviene mencionar aquí una razón práctica muy importante que imponía a los arquitectos egipcios el secreto de sus métodos y trazados. Las tumbas de los Faraones y otros grandes personajes ocupaban en la producción continua del arquitecto un lugar por lo menos tan grande como la edificación de los templos propiamente dichos y el descubrimiento de las cámaras funerarias de Tutankamón nos ha revelado qué cúmulo de tesoros acompañaba a los muertos ilustres en sus tumbas. De aquí la necesidad imperiosa de defender estas riquezas contra los saqueadores de tumbas, cuya industria floreció desde los más remotos tiempos, limitando al estricto mínimo los números de los que conocían los planos de las cámaras funerarias y de sus vías de acceso. La herencia del oficio de arquitecto en ciertas familias era una de las garantías más eficaces (en teoría) contra el peligro de divulgación, y esta herencia se halla luego en Grecia y en Roma. El juramento hipocrático nos enseña que acontecía lo mismo con la medicina. También sabemos que los portadores de antorchas (daducos), heraldos (cérices) y otros oficiantes en los misterios de Eleusis se reclutaban teóricamente en ciertas grandes familias de Atenas. Por lo demás, en todos estos casos, la adopción permitía burlar el espíritu de la regla respetando la letra.

Pag. 147.- Como es bien sabido, en música intervienen mucho las proporciones, las medidas y el compás, en un apalabra: los números. Para los griegos, la música formaba parte de la filosofía matemática (que para los pitagóricos y para Platón, precursores de Russel, Einstein, Eddington, era la filosofía entera); o si se quiere, la teoría matemática de la armonía, formaba parte de una teoría general de la armonía del Cosmos.

Sus discípulos directos tanto como los autores no pitagóricos está de acuerdo en atribuir al propio Pitágoras el descubrimiento de las leyes numéricas de la armonía, y también sobre la importancia de este descubrimiento.

Pag. 194.- Los pitagóricos habían observado de modo muy especial el valor purificador y regulador de la música, y atribuían a este efecto (que ellos llamaban catharsis) un papel muy importante en la disciplina cotidiana de los adeptos. Por lo demás, los ritos francamente mágicos, o aún ocultos, como la evocación de los muertos, etc., figuraban en las prácticas de los iniciados perfectos, pues encontramos huellas de ello en toda la literatura neopitagórica.

La catarsis musical se encuentra en el ritual de la Iglesia católica, así como la práctica de las fórmulas y oraciones de encantamiento, adoptadas directamente de las religiones de misterios griegos y egipcios, después de un proceso que eliminó no tanto las prácticas como la Voluntad de Magia (y en esto consistió en parte la lucha de la Iglesia de Roma y la gnosis alejandrina); remitiéndose esta eliminación al hecho de que en el ceremonial, en el ritual católico, el encantamiento, la oración, el incienso son un homenaje a Dios y no medios de captación o de condensación de las fuerzas naturales y extranaturales, a espaldas de la divinidad y mediante la técnica del encantamiento.

Pag. 196.- La palabra, el Logos, el Verbo, puede tener un ritmo armónico condensado, una facultad de encanto, de sugestión debida a este ritmo, a su timbre, a las metáforas dormidas que representa en potencia. Para la religión egipcia que, tal como todo el sistema social egipcio, era la base de magia, ciertas palabras tenían un valor de encanto efectivamente mágico. Estas palabras de poder o hékau se mencionan ya en el S. XVI a.c., en un capítulo especial del Libro de los Muertos, en el que desempeñan un papel más importante todavía que los talismanes o signos simplemente formales. El Libro de los muertos demuestra que el alma del difunto debía servirse de estas palabras de poder y de palabras de libre tránsito durante todo su viaje por el otro mundo. Estas palabras de paso las encontramos en los misterios, las tablillas funerarias pitagórico-órficas, luego en las corporaciones de los talladores de piedras, albañiles, francmasones profesionales, oficiales, en fin, en la francmasonería especulativa. Su línea de transmisión, está ligada a la de los símbolos gráficos, de entre los cuales el más importante es el pentagrama de los pitagóricos, signo del número de oro.

Es Isis la que en Egipto, como su correspondiente la Démeter-Ceres de los misterios de Eleusis, diosa a la vez de la fecundidad y de la muerte y patrona de las iniciaciones, fue la divinidad especialmente afecta a las palabras mágicas, como se desprende de diversos pasajes del Libro de los Muertos y de numerosas inscripciones (como la que sirve de epígrafe a este capítulo: la expresión “Isis, Señora de las palabras mágicas”, se repite con frecuencia). Isis era, en especial, la diosa del misterio y de los misterios, y este carácter se inmortalizó en la famosa inscripción de Saïs transmitida por Plutarco en el de Iside:

“Soy todo lo que ha sido, todo lo que es, y todo lo que será, y todavía ningún mortal ha levantado jamás mi velo”.

En el dominio de la magia, Isis tiene como asociado al dios Thot-Hermes “señor de las palabras divinas”, que durante la creación condensó en palabras la voluntad de la potencia creadora, incógnita e invisible. Platón (Fedro) relata la tradición egipcia según la cual Thot fue el inventor de la lógica, de la aritmética, de la geometría, del ajedrez, y de la escritura. Pude decirse también que Thot, Padre de Isis, es el dios de la razón, del Número y del Verbo. En Grecia, como dios de la elocuencia, tenía el calificativo de Logios.

Thot es también, en el otro mundo, el jefe del protocolo infernal: como Hermes, maestro psíquico de ceremonia, aparece ya en la Odisea en calidad de heraldo de las armas. De la fusión de estas dos divinidades, comprobada por Heródoto, veremos nacer una nueva entidad, que a veces será Dios, a veces demonio o super-hombre legendario, y mago en

todo caso: Hermes Trimegisto, que desde la época ptolomeica pasó a ser el patrón de los buscadores de secretos, brujos, alquimistas, nigromantes, cabalistas, en una palabra de todos aquellos que se ocupan de las ciencias herméticas (esta es una de esas palabras metafóricas surgidas de ciertos nombres propios a causa de su cualidad accidental de sugestión).

Plutarco cita ya (De Iside) la literatura hermética, o Libros de Hermes atribuido a este personaje legendario; Jámblico calcula su número en veinte mil, que fueron destruidos casi todos durante el incendio del Serapeum de Alejandría por los cristianos y con ocasión del último saqueo de la famosa biblioteca, por Omar. El más importante de los que ha llegado hasta nosotros (aparte del Libro de los Muertos) es el Poemander. Si Thot-Hermes era el dios del Verbo y del número, especialmente el dios de la ciencia de los números, de la Matemática, la pareja que le corresponde entre las divinidades femeninas es Maât, diosa de la ley física y moral considerada como orden armonioso, reguladora de los ritmos. “Señora de la Sala del Supremo juicio”. Esta diosa es la Regla, de la Armonía y de la Verdad, tenía en su diadema como símbolo la pluma vertical punteada: la propia palabra maât significaba en su origen caña cortada, luego una regla de medir, después lo recto, y más tarde, la regla, la ley, la verdad. La palabra griega canon ha pasado exactamente por la misma sucesión de metáforas: del radical semítico, emparentado qanât, significando igualmente caña, y luego tubo-fuelle(soplete) de herreros, viene también el nombre de la tribu de los cainitas (hijos de Caín). Los mineros cainitas del Sinaí, cuyos rasgos misteriosos ha sacado a luz Robert Eisler.

De la magia de encantamiento por palabras de poder saldrá la floración fantástica de los encantos verbales gnósticos, en que las sílabas y palabras egipcias, griegas y hebraicas se combinan en recurrencias, asonancias, aliteraciones bizarras. El verbo se desencadena, se disemina en fragmentos, anagramas, palindromas, escaleras, triángulos o cuadrados mágicos cuyas arquitecturas abracadabrantes se han transmitido hasta nuestros días por la sucesión ininterrumpida de los tratados mágicos del S. III al XVI.

Pag. 201.- Esta kábala hebraica tiene dos componentes, de los cuales uno es precisamente la magia egipcia antigua en base de palabras de poder (pudiendo la palabra, el encantamiento, escribirse sobre talismanes), y el otro el neopitagorismo alejandrino en el cual la mística de Número, década, péntada, tetracto, desempeñan como es natural el papel preponderante.

Pag. 202.- De estas dos tablas de símbolos y de unidades mágicas: las palabras y los números, la Kábala derivará de modo muy natural por el hecho de que a cada letra hebraica corresponde un número (letras y cifras son en este caso intercambiables- la Iod o G aspirada hebraica es así el símbolo de 10, década, de ahí la G misteriosa de la estrella flamígera o pentagrama masónico), un sistema mixto de donde saldrán los procedimientos de análisis simbólico y de adivinación, propios de esta disciplina, entre los cuales el más conocido consiste precisamente en reemplazar en una palabra cada letra por la cifra correspondiente o viceversa: el jeroglífico del Número de la bestia en el Apocalipsis es un ejemplo famoso de esta isopsifía.

